Al apoderarse el enemigo de Santa Anita, Eduardo dijo á Jorge:

— Este es el momento.

Y los dos de frente, sin retroceder, comenzaron á recibir el fuego del enemigo, disparando ellos de cuando en cuando sus pistolas para impedirles que se acercasen. Por fin, los tiros de las pistolas se agotaron y los imperialistas lo comprendieron y se vinieron sobre ellos como perros rabiosos: un soldado sujetó á Murillo y otro levantó la culata del fusil sobre su cabeza: Murillo cerró los ojos esperando el golpe, pero no lo recibió: ágil como un tigre, Jorge arrebató el fusil al soldado y comenzó á defender á Murillo, que no había podido hacerse de una arma; el partido era ventajoso; Jorge estaba cansado y Murillo inerme como un niño.

El auxilio desembocó en este instante por la calle con bayoneta calada y á paso de carga. Los imperiales huyeron.

— ¡Jorge, perdóname! dijo Eduardo abrazándole.

— De orden del general, dijo Rito llegando, los dos presos á Mexicalzingo.

CAPILLA ALFONSINA

XXVIII

Una abuela

Durante todo el día en que tuvo lugar el reconocimiento de Leonor por su padre, que según recordarán nuestros lectores fué el mismo de la catástrofe de Inés, doña Estefanía no apareció por la casa de Mondragón; y era esto tanto más extraño, cuanto que hacía ya muchos años que no salía sino muy pocas veces á la calle, y entonces volvía á la casa, sin haberse hecho esperar jamás á las horas de la comida.

Pero aquel día las horas se pasaban, y Mondragón comenzaba á inquietarse: el deseo de darle la feliz noticia y de presentarle á Leonor como á su nieta, redoblaban el deseo de Mondragón, que le esperaba con impaciencia.

Desde el instante en que Leonor fué reconocida, todas las puertas de la casa y de los roperos se abrieron para ella. Mondragón estaba encantado; y para más confirma-

ción, en uno de los cajones de Matilde se encontró una caja con una lámina de daguerreotipo, que representaba á Jorge y á Leonor. Salvadora no hizo más que verlos, y los reconoció inmediatamente.

Mondragón estaba verdaderamente contento: el placer de haber encontrado á su hija y la esperanza de ver á Jorge le hacían olvidar la historia misteriosa de la desaparición de su mujer.

—¡Cuánto deseo, hija mía, que pronto se acabe el sitio para ver á mi Jorge!

—Y yo también: me acuerdo de él como si le tuviera delante.

—¡Malvados hombres éstos! ¿Por qué no se rendirán? No más están sacrificándonos á todos. ¿Y para qué, si no tienen ni esperanza de remedio?

—Creo que muy pronto estarán aquí los liberales. ¿Iremos á recibir á Jorge?

—Por supuesto, por supuesto. ¿Y tú estás muy contenta?

—¿Cómo no, padre mío? Ahora sí, porque ahora siento un no sé qué que me dice, que ahora sí no nos engañan, que es usted mi padre, que soy su hija, que Jorge es mi hermano.

—Pero sería bueno que Salvadora fuera á ver á esa vieja de la casa del malvado Valdespino, para averiguar algo más.

CAPILLA ALFONSINA

—¿Pero si eso podía manchar la memoria de mi madre?

—Tienes razón: si tu madre vive, si no se presenta, debe ser porque su conciencia no se lo permite: si ha muerto, Dios la habrá ya juzgado.

En este momento un criado avisó que doña Estefanía había llegado, sin duda algo enferma, porque se había metido á su recámara sin hablar con nadie.

—Pues si no es cosa de cuidado, dijo Mondragón, es fuerza que venga para que participe de nuestra alegría; yo mismo voy á traerla.

Mondragón se dirigió á la recámara de doña Estefanía: estaba cerrada por dentro, observó por el agujero de la cerradura: la pobre señora, de rodillas delante de una Dolorosa, rezaba y lloraba.

Mondragón llamó.

—¿Quién? preguntó doña Estefanía, procurando serenarse.

—Yo: ábrame usted.

No había medio de rehusarse: doña Estefanía limpió sus ojos, y abrió.

—Señora, dijo Mondragón, si no se tratara de un negocio tan importante, no la interrumpiera yo.

—¿Pues qué hay?

—Hoy va usted á encontrar á una hija que lloraba perdida desde su niñez, y que yo he encontrado.

Doña Estefanía, impresionada con la historia de Inés, creyó que de ella se trataba: sintió que se le nublaba la vista, y si Mondragón no la hubiera sostenido, hubiera caído.

—Por Dios, señora, no se afecte usted de esa manera, que va á hacerle mal: cálmese usted, y vamos á ver á su hija luego.

—Es tarde ya, dijo doña Estefanía pensando en que se trataba aún de Inés.

—¡Tarde! ¿y por qué?

—¡Oh, porque ha muerto! dijo sollozando la pobre mujer.

—¡Muerto! ¡ha muerto! No lo crea usted: aquí está con nosotros: en la sala nos espera...

—¿Pero quién? ¿de quién me habla usted?

—De Leonor, de mi hija, de la hija de Matilde, de su nieta de usted...

—¿De mi nieta? ¿ha parecido? ¿en dónde está?

—Aquí en la sala: no me cabe duda que es ella.

—¿Pero cómo? ¿cómo?

—Venga usted y la verá.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! dijo doña Estefanía cayendo de rodillas: ¡gracias, gracias, porque al lado de tanto dolor has puesto tanto gozo!

—Venga usted, venga usted, decía Mondragón, tomándola de una mano y sin comprender el sentido de

sus palabras: venga usted á verla; es el retrato de Matilde.

Doña Estefanía caminaba conducida por Mondragón. Leonor estaba en la sala, y como por recuerdo se había puesto un abrigo que su padre le contó que era el que usaba de ordinario Matilde dentro de la casa; de manera que la semejanza era completa, y doña Estefanía creyó estar viendo á su hija.

—¡Leonor! ¡tu abuela!

Leonor se paró, y doña Estefanía la recibió en sus brazos. Aquella pobre vieja había sufrido en el día tantas y tan grandes emociones, que no pudo ya resistir y se desmayó en los brazos de Leonor.

Mondragón acudió en su auxilio y la colocaron en el sofá.

Cuando pasó aquella primera sensación, quiso saberlo todo, quiso oir los más minuciosos detalles de la boca de doña Salvadora, y la sentó á su lado.

Doña Estefanía escuchó asombrada aquella relación; y al oir hablar de la casa de la plazuela de Loreto, y de la vieja, y de la señora que lloraba cuando le arrancaron á sus hijos, entonces lo comprendió todo. Aquella casa era la misma adonde había ido la última vez á ver á don Celso; aquella Pilar era la confidenta de sus amores; aquella mujer que lloraba y que, sin embargo, entregaba á sus hijos, era Matilde, su hija, y al mismo tiempo su

CAPILLA ALFONSINA

rival. Entonces recordó que había llegado á tener celos de Matilde en su pasión por Valdespino, y un rayo de luz disipó las sombras que confundían su inteligencia: Valdespino era, sin duda, el seductor de Matilde, el que la había obligado á abandonar la casa de su marido y á seguirle en la plazuela de Loreto. Tal vez cuando ella había ido allí, también allí estaba su hija... Este pensamiento era capaz de hacer estallar su cerebro.

¿Pero de qué medios tan poderosos se había valido don Celso para obligar á Matilde á tan inmensos sacrificios? Esto era lo único que ella no podía alcanzar: si hubiera podido adivinar todo lo que había pasado entre Matilde y su seductor, la pobre Estefanía hubiera muerto de vergüenza y de remordimientos.

A la mañana siguiente, muy temprano, fué sepultada Inés; unos cargadores la conducían á su postrer mansión en una humilde caja pintada de negro: ningún cortejo fúnebre; Feliciana y la «Guacha», á pie, tras el cuerpo; esto era todo.

Don Celso no había vuelto por la casa.

Doña Estefanía pasó en la iglesia toda la mañana: á las doce volvió á la casa y encontró allí á la «Guacha», que iba muy seguido á recibir limosna.

—Ahora sí hay familia nueva, dijo la «Guacha» á doña Estefanía.

A ALFONSINA

—Sí; Mondragón ha encontrado á una hija suya que se había perdido desde niña.

—¡A Leonor! dijo la «Guacha» sin poderse contener y con el corazón de madre, olvidando el papel que representaba.

—¿Cómo sabe usted que se llama Leonor? dijo admirada doña Estefanía.

—Por las criadas he oído este nombre en la cocina, contestó la «Guacha» dominándose y aparentando la mayor serenidad.

—Sí, dijo doña Estefanía, á Leonor, mi nieta, la hija de mi pobre Matilde: aquí está; la hemos reconocido por una casualidad, por la mujer que la sacó del lado de mi hija, que es la que la ha criado. ¡Oh! ¡y se parece tanto á mi pobre Matilde!...

—¡Qué ganas tengo yo de conocerla! ¿dónde podría verla?

—Es muy fácil: siéntese usted aquí en la puerta de la cocina, y ya voy á traerla con cualquier pretexto: verá usted qué bonita, y mirándola á ella, es como si viera usted á mi hija...

—Bueno, bueno; pues aquí me siento.

Y la pobre mujer, desconocida de su madre, de su hija y de su marido, mendigando el pan en su propia casa, y sin esperanza de ser reconocida nunca, que se había impuesto á sí misma aquella miseria y aquel abandono,

como una expiación á su falta, se sentó temblando en el suelo, y clavó sus ávidas miradas en la puerta por donde había de aparecer su hija.

Se oyó el roce de un vestido, la voz de doña Estefanía que hablaba, y en el fondo de la puerta se destacó la figura bellísima de Leonor.

La «Guacha» sintió toda su sangre afluir al corazón: quiso levantarse, gritar, pero sólo pudo agitar sus manos convulsivamente, y lanzar una especie de gemido sordo y gutural.

— Esa pobre viejita tiene algo, dijo Leonor llegando precipitadamente á ella.

La «Guacha» no tenía vida sino en los ojos, que clavaba obstinadamente en Leonor.

— Es su mal, dijo una criada.

— Pero que le hagan alguna medicina, agregó Leonor.

— Ya se le pasará, dijo la criada; ha de ser debilidad.

— Esto es muy extraño, pensó doña Estefanía; aquí se encierra algún misterio.

— ¡Leonor! gritó adentro Mondragón.

— ¡Voy, padre! dijo Leonor: Mamá grande, que le den algo á esa pobrecita.

— Aquí me quedo, contestó doña Estefanía.

Leonor se retiró, y su abuela permaneció al lado de la «Guacha» que comenzaba á volver en sí.

— Usted me oculta algo, le dijo: ¿quién es usted?

¿cómo se llama? ¿por qué se desmayó al ver á Leonor? Aquí hay un misterio que es preciso que me descubra.

— Mañana, que estaré más calmada, le contaré á usted todo; por ahora me voy.

— No, cuénteme usted.

— Ya le dije que hoy no, mañana.

Y la pobre mujer, casi arrastrándose, salió de la casa.

— ¡Hija mía! decía en su corazón: ¡qué feliz fuera yo pudiendo vivir á tu lado, aun cuando fuera como una criada! Pero es imposible, el corazón me vendería, y tú, para ser dichosa, necesitas no conocer la historia de tu desgraciada madre. No: no echaré en tu corazón virgen y puro ni una gota de la hiel que rebosa el mío. ¡Por tu felicidad, mi último sacrificio! Mi madre ha comenzado á sospechar: quizá no tenga yo valor para ocultar por más tiempo quién soy. ¡No, no volveré más aquí! ¡Adiós, hija mía! ¡adiós, madre mía! ¡adiós!...

Y no tuvo valor ni para decir dentro de sí: «¡esposo mío!»